

## Recuerdo de Othón Arróniz. Una noticia del escritor en sus años de formación\*

FERNANDO SALMERÓN

*Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM*

Cuando acepté venir a esta reunión de homenaje a Othón Arróniz, lo hice con una especie de sentimiento de quien tiene que pagar una deuda de amistad —como si en una relación de amistad pudieran empalmarse activos y pasivos, y como si estos últimos pudieran saldarse de alguna manera. Con el paso de los días, mientras se precisaban las fechas de este viaje y la hora de la reunión, me pareció que se aclaraba el verdadero sentido de la deuda: creo que lo que debo a Othón, al menos lo que con más nitidez me viene a la memoria, es la forma de su conversación —y la oportunidad de haberla compartido tantas veces.

Ahora trataré de explicar lo que quiero decir con *la forma de la conversación*. Pero debo advertir primero que estas palabras vienen a decantar el rasgo más acentuado de una relación de casi cincuenta años —aunque no siempre asidua. Una amistad tan prolongada en el tiempo no puede menos de sufrir interrupciones y alejamientos; lo que sí puede, en cambio, es recuperarse en cada ocasión, si median a la vez la admiración y el afecto. Y para dar cuerpo a esta advertencia parece indispensable acudir a algunas noticias.

Conocí a Othón hacia 1938, al ingresar yo a la escuela secundaria; lo recuerdo al lado de Dagoberto Guillaumin y de mi pri-

\* Este texto fue leído, el 13 de noviembre de 1993, en el homenaje "Presencia de Othón Arróniz Buez", celebrado en Córdoba, Veracruz.

mo Francisco Salmerón, que asistían a los cursos superiores de la misma escuela y habían ganado ya, entre los estudiantes, un cierto nombre por sus destrezas literarias. Pero la primera vez que lo escuché en una larga conversación, fue en las vacaciones del fin del año de 1943, en que visitó a mi primo Francisco para convencerlo de que abandonara los estudios de derecho, apenas iniciados en Xalapa, y se trasladara a México para asistir a la Facultad de Filosofía —como él mismo había hecho ya, prácticamente, con los de medicina. A pesar de los años, no he olvidado la descripción que entonces hizo de los cursos de Gaos y de algunos temas de Heidegger. Aunque, ciertamente, sobre esos temas volvimos a hablar muchas veces —antes de que yo viajara a México a estudiar—, porque Othón guardaba, como un tesoro, sus apuntes de las lecciones de Gaos sobre *El ser y el tiempo*.

En los años inmediatamente posteriores a 1943, las visitas de Othón a Xalapa durante las vacaciones de verano, o a la ciudad de Córdoba, durante las del invierno, fueron frecuente oportunidad de encuentros y conversaciones filosóficas. Hasta que un día la vida —la vida y las circunstancias familiares de ambos— nos llevaron a invertir los papeles: Othón dejó sus estudios en México y vino a Córdoba a aprender, en la antigua Imprenta Trueba de la calle 8, el oficio de la tipografía; en cambio, yo pude trasladarme a México a hacer estudios de filosofía, a la misma cátedra de Gaos en la vieja casona de Mascarones que tanto conocía por referencias. Mis visitas de vacaciones en Córdoba hicieron posible que no se interrumpieran nuestros diálogos; pero, a la vez, retomé por mi parte el papel de acicate de su conciencia intelectual —gracias a lo cual, según le oí decir alguna vez, volvió a México al comienzo de la década de los años cincuenta.

El tiempo en Córdoba, sin embargo, no fue solamente de aprendizaje de la tipografía y de conversaciones filosóficas: son los años en que se marcan francamente las inclinaciones de Othón hacia la literatura. La publicación de su primer cuento en 1948 —hasta donde sé, realmente el único— en una revista estudiantil de Xalapa, de la que yo era director; y la aparición del primer número de una revista literaria publicada bajo su cuidado, en la propia Imprenta Trueba, coinciden con la circunstancia de

que el mostrador de esa imprenta hubiera venido a ser, en las tardes de los meses de vacaciones universitarias, el lugar de cita de un grupo nada reducido de jóvenes escritores veracruzanos y de sus amigos de la ciudad de México. *Ensayos para una revista literaria* era el nombre de aquella publicación de 1949, de la que sólo apareció un primer número, que dio a conocer textos de Miguel Guardia, Sergio Magaña, Emilio Carballido y Rosario Castellanos, ilustrados con grabados a punta seca de Francisco Salmerón.

La vuelta a México, para Othón, ofrecía, sin embargo, especiales dificultades: se vio obligado a aceptar un trabajo en una editorial establecida en Naucalpan, con horarios pesados, que le impidían asistir a la universidad —pero no estaba dispuesto a regresar a Córdoba. Y aquí debo añadir una anécdota que dibuja muy bien un rasgo de su carácter y a la vez da cuenta de lo que vino a ser la base de su definitiva formación literaria. No recuerdo exactamente si algún periódico de México publicó por aquellos días la convocatoria para un concurso de la Organización Internacional del Trabajo, o si la noticia nos llegó por vía de amigos comunes: el hecho es que se buscaba un corrector de pruebas para ediciones en castellano, que además de dominar este idioma supiera inglés y francés y tuviera conocimientos de derecho del trabajo y de tipografía. El retrato hablado de Othón Arroniz era casi perfecto; solamente faltaba un poco de derecho, que se resolvió en menos de una semana con el manual pertinente —y, por supuesto, ganó la prueba. A los pocos meses se encontraba en Ginebra y hacía gestiones en la OIT para ajustar sus horarios y asistir a la universidad. Las autoridades suizas se negaron a reconocer sus estudios de bachillerato, cursados en Córdoba y Xalapa, certificados por la Universidad Veracruzana, y Othón tuvo que repetir los últimos años del bachillerato en Ginebra, antes de ingresar a la universidad. Cuatro años después de haber logrado su ingreso, obtuvo la licenciatura en literatura francesa. Nuevamente, las exigencias de horarios lo obligaron a inscribirse en otra universidad —esta vez en la cercana ciudad de Lausana—, en que podía seguir estudios de doctorado sobre la base de la mera investigación.

Poca correspondencia nos unió en esos años —dado mi escaso apego al género epistolar, que Othón defendía y practicaba con tanto entusiasmo como la conversación. Pero no perdimos contacto, sobre todo durante el tiempo en que coincidimos en Europa. Nos encontramos por primera vez, a comienzos de 1959, en las fiestas del carnaval de Basilea, población cercana a la frontera alemana, no lejos de Friburgo de Brisgovia, donde yo residía. En otra ocasión vino a pasar unos días a Friburgo y yo fui un par de veces a Ginebra y Lausana. Y en el verano nos vimos en París e hicimos juntos un viaje por el Valle de la Loire, cargados de libros sobre la arquitectura de los castillos, sobre los que Othón tenía que escribir algún trabajo escolar. Después viajé por España siguiendo sus recomendaciones.

Para mí es una elemental consideración decir que mi experiencia de la vida europea, nacida de aquel primer viaje al viejo mundo, hubiera sido mucho más limitada de no haberme beneficiado de los años que Othón había pasado en Suiza, de su capacidad de observación y de sus lecturas. También puedo añadir que, gracias a esos encuentros y conversaciones, Othón aceptó volver a México aun antes de terminar su doctorado en Lausana, para integrarse como profesor a la Facultad de Filosofía y Letras de Xalapa, que yo había iniciado en 1956. La reforma de los planes de estudio de la Facultad, que entre los dos pusimos en marcha en 1961 y 1962, fue un resultado directo de nuestro trato con las universidades europeas.

En cuanto a sus escritos de los años de Suiza y de su regreso a Xalapa, algo hay que decir: conocí varios textos críticos sobre autores de lengua francesa, a los que nunca dio la mano final —supongo que quedaron inéditos. En Xalapa sólo publicó una nota sobre los planes de estudio de la Facultad y un ensayo sobre Talleyrand, en los números 21 y 22 de *La Palabra y el Hombre*, correspondientes al año de 1962. El ensayo, cuya primera redacción había sido realizada en Suiza, es un texto breve y elegante, que no oculta cierta erudición en torno a la figura estudiada, pero la subordina al intento de comprender una conducta y un carácter complejos. Por eso destaca el significado de los años de juventud de Talleyrand —en una dirección que cual-

quier lector atento podría calificar de una preocupación autobiográfica. Pero Othón lo conduce con un gran sentido de conciliación y de serenidad, como un repaso sin prejuicios de la juventud del personaje, que deja a un lado las exageraciones de éste en sus propias páginas autobiográficas y rescata el valor de lo aprendido a pesar suyo y a pesar de las presiones familiares.

He releído este ensayo hace unos días y me ha parecido un ejemplo de madurez personal. En los primeros años de la década de los sesenta ya tenía Othón un estilo propio, ya sabía el valor de la erudición y el premio del trabajo paciente —aunque no aparecieran todavía definidos los temas de su obra intelectual madura, ni hubiera descubierto aún los placeres que encierran los viejos archivos. Para esto sería necesaria una segunda peregrinación a Europa, la cual, sin embargo, no carece de antecedentes decisivos. Los viajes del verano en que dejaba Xalapa para enseñar en alguna universidad del Estado de Texas, donde le pedían cursos de español y de literatura española, no parecían todavía motivo bastante para reorientar sus preocupaciones iniciales por la literatura francesa —pero había otros que sí lo eran. Guillaumin había vuelto a México, había sido nombrado director de la Escuela de Arte Teatral del Instituto Nacional de Bellas Artes y llamado en su ayuda a varios amigos comunes: Emilio Carballido, Luisa Josefina Hernández y al propio Othón Arroniz, aunque éste no dejara su residencia en Xalapa. Entre los testimonios de esa colaboración, la *Revista de la Escuela de Arte Teatral* guarda dos textos de Othón, en los números 5 de 1962 y 6 de 1963: una conferencia para conmemorar el aniversario del nacimiento de Lope de Vega, que acompaña la reimpresión del *Arte nuevo de hacer comedias*, y un meditado ensayo sobre las fórmulas dramáticas de Lope y de Ruiz de Alarcón.

Al terminar diciembre de 1963, me separé de la Universidad Veracruzana para volver a la Nacional de México. Poco después y por diversas razones, se separó también Othón para viajar a España. La vieja imprenta de Córdoba, que había pasado a ser de su propiedad, marchaba con buen éxito y le permitía una pequeña renta para vivir en Madrid. Esta vez, Othón iba directamente a buscar a Dámaso Alonso, la mayor autoridad sobre la litera-

tura de la lengua, para trabajar bajo su dirección la tan aplazada tesis de doctorado. Unos años después recibí su primera publicación europea, en el número de julio-diciembre de 1968 del *Bulletin Hispanique*, la conocida publicación de Burdeos, cuyo comité de dirección estaba entonces presidido por Marcel Bataillon.

Como el ensayo sobre Talleyrand, este texto sobre "Alfonso de Ulloa, servidor de Don Juan Hurtado de Mendoza", es una erudita exploración biográfica, con hipótesis para interpretar conductas condenables y explicarlas a la luz de las circunstancias y de las costumbres de la época. A pesar de la distancia en el tiempo, puede leerse como un estudio paralelo al del político francés, con tal de que se tengan presentes las diferencias más obvias: ahora se trata de una figura secundaria de la literatura española del siglo xvi; y la investigación ha sido trabajada en los archivos de Simancas, en la provincia de Valladolid. Los temas de la obra madura de Othón, en torno a la literatura del siglo xvi, y la convicción de que no se puede hacer en serio la historia literaria de ese tiempo sin acudir a los archivos, están definidos con precisión.

En este punto me gustaría agregar que lo dicho hasta aquí en tono de recuerdo de Othón Arróniz el escritor, me permite añadir algo acerca de lo insinuado al principio sobre la forma de su conversación. Siempre pensé que en la base de toda ella había un escepticismo fundamental: un punto de partida que, por mucho tiempo, creí que era el resultado de una temprana lectura de Freud y de Nietzsche. Me pareció después que era más bien la consecuencia natural del clima que, en los años cuarenta, se respiraba en Mascarones: el historicismo y el relativismo de Gaos y de alguno de los discípulos de la primera generación. Pero finalmente he acabado por convencerme de que era algo bien distinto: tan sólo un recurso de buen conversador, que Othón no descubriría sino ante sus amigos —lo que lo hacía parecer tan tímido en las reuniones de quienes no lo eran. Una especie de escepticismo metodológico que impedía soltar el vuelo de la imaginación ante cualquier tema —por trivial que pudiera parecer—, si antes no se intentaba un acuerdo en el planteamiento y quedaban a un lado las ambigüedades. Porque a partir de allí, lo que domi-

naba era el gusto por la contemplación de las ideas, por verlas surgir como meras hipótesis para mostrar sus luces y sus puntos oscuros, perseguidas por el juego sutil de la argumentación. Un ejercicio que podía lograr pláticas casi interminables, porque agotar las posibilidades de una hipótesis llevaba a otra y a veces obligaba a revisar el planteamiento inicial. Sin que faltaran, por supuesto, las virtudes elementales de la buena conversación —la voluntad de escuchar y la extrema cortesía—, sobraban otras derivadas de la fineza de la observación, de la abundancia de las lecturas y del amor al lenguaje. Creo que así hablamos de muchos escritos míos en proceso, y de casi todos los escritos suyos.

Podría decir, además, que cuando he vuelto, alguna vez, a las páginas de los ensayos y de los libros de Othón —también de los inéditos—, me ha parecido caer, por momentos, en una especie de lectura dialogada y hasta me he sorprendido de pronto leyendo una página en voz alta. Me ha sucedido incluso con su primer libro, la tesis de doctorado elaborada en España, impresa poco después por la Editorial Gredos, en 1969, sobre *La influencia italiana en el nacimiento de la comedia española*, el libro que le abrió las puertas de la consideración de todos los hispanistas de Europa y América y que facilitó su regreso a México con un modestísimo contrato de “investigador por obra determinada”, en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Pues bien, sobre este libro hablamos después de la publicación —podría decirse que “sobre el terreno”—, cuando por primera vez nos encontramos en Madrid y caminamos el antiguo distrito de los hospitales, desde la calle de Atocha hasta la Plaza de las Cortes, por las calles del León y del Prado, que habían sido asiento de corrales y residencia de cómicos y autores dramáticos en los años en que nació la comedia española. Donde se pueden ver todavía las casas de algunos de los más célebres autores del teatro de nuestra lengua que, siguiendo el rumbo, vinieron después a nacer o a vivir en las calles cercanas.

De otros libros estuve mucho más cerca. No hay tiempo ya siquiera de nombrarlos. Pero me gustaría decir que si se dejan a un lado las “Bitácoras”, que hay que leer aparte, como expresión de su retiro final en Córdoba, y las tres o cuatro piezas teatrales

—de las que solamente conozco el *Yanga*, que Guillaumin llevó a la escena en 1971—, el resto de la obra es de una congruencia temática ejemplar y de un nivel como trabajo científico que no va a la zaga de su primer libro. Hay el tributo a la ciudad de Córdoba y al puerto de Veracruz en sus dos monografías propiamente históricas. Pero sobre todo, en sus obras mayores, hay el cultivo de sus dos amores intelectuales: el teatro y su historia, y la historia del siglo xvi. A veces vence el interés del siglo, en su libro sobre la educación en Puebla, o en su libro sobre la historia de la ciencia y de la técnica, que no se opone al interés biográfico al detenerse en la vida de Diego García de Palacio. Después de todo, es la biografía el género de la historia más cercano a las formas dramáticas. Pero a veces vence por completo el interés del teatro, que no deja de ser historia del siglo xvi, y rinde entonces los mejores frutos, incluso en los inéditos. Así el espléndido resumen del teatro misionero, y los estudios para la edición de los *Coloquios* de González de Eslava, ambos en espera de ir a las prensas, el primero de manos de Beatriz Garza Cuarón, la segunda de las de Sergio López Mena.

De toda esta obra, que ya no he podido citar con exactitud, hay que reconocer que es *historia* en el sentido de la expresión de Ortega y Gasset que puso Othón como epígrafe a uno de los libros aludidos: como el ensayo de un hombre por entender a los demás. Lo que de alguna manera se puede interpretar también como una declaración de interés por la biografía —descubierto ya en el ensayo sobre Talleyrand. Pero también es, de un modo más preciso todavía: *historia erudita*, siempre de primera mano, llena de descubrimientos entusiastas, de ideas y afortunados análisis —en una dirección que hace muchos años dejé de leer como expresión de escepticismo. No solamente porque sea la única manera de entender el esfuerzo perseverante de toda una vida de investigación —cumplida al margen de otras tareas—, que sólo tiene sentido si se apoya en la confianza en las realizaciones de los hombres. Sino porque, puesta en relación con los escritos mismos de Othón, se puede definir con el término de *humanismo*: un humanismo crítico frente a toda realidad que, sin embargo, da peso propio a los puntos de vista de la subjetividad, aun-



que no sin criterios, porque no deja de ver en la razón la porción más humana del hombre —si bien la somete a disciplina con un cierto sentido de armonía y buen gusto. Podría decir que esta síntesis violentísima recoge los rasgos más patentes del humanismo nacido durante el renacimiento en Italia, tal como puede ser hallado en los grandes escritores españoles del Siglo de Oro.

Acudir a la lectura de la *Bitácora sentimental*, selección de notas periodísticas —crónicas de viaje, crítica política o prosa poética—, que acaba de salir de la imprenta, es simplemente ir en busca de confirmación, en otros contextos, de lo que acabo de decir. Me parece preferible volver a los temas históricos y describir ese humanismo de manera más exacta y más breve, con las bellas frases de Marcel Bataillon que Othón puso al frente de aquel de sus libros eruditos que es para mí el más apasionante: el que cuenta la historia del teatro de evangelización en Nueva España. “La investigación de las fuentes —dice Bataillon—, es despreciable pedantería cuando no sirve para esclarecer algo del misterio de la creación”.